

pensó en la Santa, y dijo entre sí, sin mover los labios: "Santa Minia querida, llévame pronto al cielo; pronto, pronto." Al fin se quedó, si no precisamente dormida, al menos en ese estado mixto propicio á las visiones, á las revelaciones psicológicas, y hasta á las revoluciones físicas. Entonces le pareció, como la noche anterior, que veía la efigie de la mártir; sólo que, ¡cosa rara!, no era la Santa: era ella misma, la pobre rapaza, huérfana de todo amparo, quien estaba allí tendida en la urna de cristal, entre los cirios, en la iglesia. Ella tenía la corona de rosas; la dalmática de brocado verde cubría sus hombros; la palma la agarraban sus manos pálidas y frías; la herida sangrienta se abría en su propio pescuezo, y por allí se le iba la vida, dulce é insensiblemente, en oleaditas de sangre muy suaves, que al salir la dejaban tranquila, extática, venturosa..... Un suspiro se escapó del pecho de la niña; puso los ojos en blanco, se estremeció....., y quedóse completamente inerte. Su última impresión confusa fue que ya había llegado al cielo, en compañía de la Patrona.

III

En aquella rebotica, donde, según los autorizados informes de Jacoba de Alberte, no entraba nunca persona humana, solía hacer tertulia á don Custodio las más noches un canónigo de la Santa Metropolitana Iglesia, com-

pañero de estudios del farmacéutico, hombre ya maduro, sequito como un pedazo de yesca, risueño, gran tomador de tabaco. Este tal era constante amigo é íntimo confidente de don Custodio, y, á ser verdad los horrendos crímenes que al boticario atribuía el vulgo, ninguna persona más á propósito para guardar el secreto de tales abominaciones que el canónigo don Lucas Llorente, el cual era la quinta esencia del misterio y de la incomunicación con el público profano. El tapujo, la reserva más absoluta tomaban en Llorente proporciones y carácter de manía. Nada dejaba transparentar de su vida y acciones, aun las más leves é inocentes. El lema del canónigo era: "Que nadie sepa cosa alguna de ti." Y aun añadía (en la intimidad de la trasbotica): "Todo lo que averigua la gente acerca de lo que hacemos ó pensamos, lo convierte en arma nociva y mortífera. Vale más que invente, que no que edifique sobre el terreno que le ofrezcamos nosotros mismos."

Por este modo de ser, y por la inveterada amistad, don Custodio le tenía por confidente absoluto, y sólo con él hablaba de ciertos asuntos graves, y sólo de él se aconsejaba en los casos peligrosos ó difíciles. Una noche en que, por señas, llovía á cántaros y tronaba y relampagueaba á trechos, encontró Llorente al boticario agitado, nervioso, semiconvulso. Al entrar el canónigo se arrojó hacia él, y tomándole las manos y arrastrándole hacia el fondo de la rebotica, donde, en vez de la pavorosa *trapela* y el pozo sin fondo, había arma-

rios, estantes, un canapé y otros trastos igualmente inofensivos, le dijo con voz angustiada:

—¡Ay, amigo Llorente! ¡De qué modo me pesa haber seguido en todo tiempo sus consejos de usted, dando pábulo á las hablillas de los necios! A la verdad, yo debí desde el primer día desmentir cuentos absurdos y disipar estúpidos rumores..... Usted me aconsejó que no hiciese nada, absolutamente nada, para modificar la idea que concibió el vulgo de mí, gracias á mi vida retraída, á los viajes que realicé al extranjero para aprender los adelantos de mi profesión, á mi soltería y á la maldita casualidad (aquí el boticario titubeó un poco) de que dos criadas... jóvenes... hayan tenido que marcharse secretamente de casa, sin dar cuenta al público de los motivos de su viaje....; porque..... ¿qué calabazas le importaban al público los tales motivos, me hace usted el favor de decir? Usted me repetía siempre: "Amigo Custodio, deje correr la bola; no se empeñe nunca en desengañar á los bobos, que al fin no se desengañan, é interpretan mal los esfuerzos que se hacen para combatir sus preocupaciones. Que crean que usted fabrica sus unguentos con grasa de difunto y que se los paguen más caros por eso, bien; dejarles, dejarles que rebuznen. Usted véndales remedios buenos, y nuevos, de la farmacopea moderna, que asegura usted está muy adelantada allá en esos países extranjeros que usted visitó. Cúrense las enfermedades, y crean los imbéciles que es por arte de birlibirloque. La borricada mayor de cuantas hoy in-

ventan y propalan los malditos liberales es esa de *ilustrar á las multitudes*. ¡Buena ilustración te dé Dios! Al pueblo no puede ilustrársele: es y será eternamente un atajo de babiecas, una recua de jumentos. Si le presenta usted las cosas naturales y racionales, no las cree. Se pirra por lo raro, estrambótico, maravilloso é imposible. Cuanto más gorda es una rueda de molino, tanto más aprisa la comulga. Conque, amigo Custodio, usted deje andar la procesión, y si puede, apande el estandarte..... Este mundo es una danza....."

—Cierto — interrumpió el canónigo, sacando su cajita de rapé y torturando entre las yemas el polvito;—eso le debí decir: y qué, ¿tan mal le ha ido á usted con mis consejos? Yo creí que el cajón de la botica estaba de duros á reverter, y que recientemente había usted comprado unos lugares muy hermosos en Valeiro.

—¡Los compré, los compré; pero también los amargo! — exclamó el farmacéutico. — ¡Si le cuento á usted lo que me ha pasado hoy! Vaya, discurra. ¿Qué creará usted que me ha sucedido? Por mucho que preñe el entendimiento para idear la mayor barbaridad....., lo que es con esta no acierta usted, ni tres como usted.

—¿Qué ha sido ello?

—¡Verá, verá! Esto es lo gordo. Entra hoy en mi botica, á la hora en que estaba completamente sola, una mujer de la aldea, que ya había venido días atrás con otra á pedirme un remedio para el asma: una mujer alta, de rostro duro, cejijunta, con la mandíbula saliente, la

frente chata y los ojos como dos carbones: un tipo imponente, créalo usted. Me dice que quiere hablarme en secreto, y después de verse á solas conmigo y en sitio seguro, resulta..... ¡Aquí entra lo gordo!—Resulta que viene á ofrecirme el unto de una muchacha, sobrina suya, casadera ya, virgen, roja, con todas las condiciones requeridas, en fin, para que el unto convenga á los remedios que yo acostumbro hacer..... ¿Qué dice usted de esto, Canónigo? Á tal punto hemos llegado. Es por ahí cosa corriente y moliente que yo destripo á las mozas, y que, con las mantecas que les saco, compongo esos remedios maravillosos, ¡puf!, capaces hasta de resucitar á los difuntos—la mujer me lo aseguró.—¿Lo está usted viendo? ¿Comprende la mancha que sobre mí ha caído? Soy el terror de las aldeas, el espanto de las muchachas y el ser más aborrecible y más cochino que puede concebir la imaginación.

Un trueno lejano y profundo acompañó las últimas palabras del boticario. El Canónigo se reía, frotando sus manos sequitas y meneando alegremente la cabeza. Parecía que hubiese logrado un grande y apetecido triunfo.

—Yo sí que digo: ¿Lo ve usted, hombre? ¿Ve cómo son todavía más bestias, animales, cincocéfalos y mamélucos de lo que yo mismo pienso? ¿Ve cómo se les ocurre siempre la mayor barbaridad, el desatino de más grueso calibre y la burrada más supina? Basta que usted sea el hombre más sencillo, bonachón y pacífico del orbe; basta que tenga usted ese corazón

blandufo, que se interese usted por las calumnias ajenas, aunque le importen un rábano; que sea usted incapaz de matar á una mosca y sólo piense en sus librotos, y en sus estudios, y en sus químicas, para que los grandísimos salvajes le tengan por un monstruo horrible, asesino, reo de todos los crímenes y abominaciones.

—Pero, ¿quién me habrá inventado estas calumnias, Llorente?

—¿Quién? La estupidez universal..... forrada en la malicia universal también. La bestia del Apocalipsis..... que es el vulgo, créame, aunque San Juan no lo haya dejado muy claramente dicho.

—¡Bueno! Así será; pero yo, en lo sucesivo, no me dejo calumniar más: no quiero; no señor. ¡Mire usted qué conflicto! ¡Á poco que me descuide, una chica muerta por mi culpa! Aquella fiera, tan dispuesta á acogotarla. Fíguense usted que me decía: “La despacho y la dejo en el monte, y digo que la comieron los lobos; andan muchos por este tiempo del año, y verá cómo es cierto, que al día siguiente aparece comida.” ¡Ay, Canónigo! ¡Si usted viese el trabajo que me costó convencer á aquella caballería mayor de que ni yo saco el unto á nadie, ni he soñado en tal! Por más que le repetía: “Eso es una animalada que corre por ahí, una infamia, una atrocidad, un desatino, una picardía; y como yo averigüe quién es el que lo propala, á ese sí que le destripo”, la mujer, firme como un poste, y erre que erre. “Señor, dos

onzas nada más..... Todo calladito, todo calladito..... En dos onzas tiene los untos. Otra proporción tan buena no la encuentra nunca." ¡Qué víbora malvada! Las furias del infierno deben de tener una cara así..... Le digo á usted que me costó un triunfo persuadirla. No quería irse. Á poco la echo con un garrote.

—¡Y ojalá que la haya usted persuadido!— articuló el Canónigo, repentinamente preocupado y agitado, dando vueltas á la tabaquera entre los dedos.—Me temo que ha hecho usted un pan como unas hostias. ¡Ay Custodio! La ha errado usted; ahora sí que juro yo que la ha errado.

—¿Qué dice usted, hombre, ó canónigo, ó demonio?—exclamó el boticario, saltando en su asiento alarmadísimo.

—Que la ha errado usted; nada, que ha hecho una tontería de marca mayor, por figurarse, como siempre, que en esos brutos cabe una chispa de razón natural, y que es lícito ó conducente para algo el decirles la verdad y argüirles con ella y alumbrarles con las luces del intelecto. Á tales horas, probablemente la chica está en la gloria, tan difunta como mi abuela..... Mañana por la mañana, ó pasado, le traen el unto envuelto en un trapo..... Ya lo verá!

—Calle, calle..... No puedo oír eso. Eso no cabe en cabeza humana..... ¿Yo qué debí hacer? ¡Por Dios, no me vuelva loco!

—¿Que qué debió hacer? Pues lo contrario de lo razonable, lo contrario de lo verdadero, lo

contrario de lo que haría usted conmigo ó con cualquier otra persona capaz de sacramentos, y aunque quizá tan mala como el populacho, algo menos bestia..... Decirles que sí; que usted compraba el unto en dos onzas, ó en tres, ó en ciento.....

—Pero entonces.....

—Aguarde, déjeme acabar..... Pero que el unto sacado por ellos de nada servía; que usted en persona tenía que hacer la operación, y, por consiguiente, que le trajesen á la muchacha sana y fresca..... Y cuando la tuviese segura en su poder, ya echaríamos mano de la justicia para prender y castigar á los malvados..... ¿Pues no ve usted claramente que esa es una criatura de la cual se quieren deshacer, que les estorba, ó porque es una boca más, ó porque tiene algo y quieren heredarla? ¿No se le ha ocurrido que una atrocidad así se decide en un día, pero se prepara y fermenta en la conciencia á veces largos años? La chica está sentenciada á muerte. Nada; crea usted que á estas horas..... (Y el Canónigo blandió la tabaquera, haciendo el expresivo ademán del que acogota.)

—Canónigo, usted acabará conmigo! ¿Quién duerme ya esta noche? Ahora mismo ensillo la yegua y me largo á Tornelos.....

Un trueno más cercano y espantoso contestó al boticario que su resolución era impracticable. El viento mugió y la lluvia se desencadenó furiosa, aporreando los vidrios.

—¿Y usted cree—preguntó con abatimiento

don Custodio—que serán capaces de tal iniquidad?

—De todas. Y de inventar muchísimas que aún no se conocen. ¡La ignorancia es invencible, y es hermana del crimen!

—Pues usted—arguyó el boticario—bien aboga por la perpetuidad de la ignorancia.

—¡Ay, amigo mío!—respondió el obscurantista.—¡La ignorancia es un mal; pero el mal es necesario y eterno, de tejas abajo, en este pícaro mundo! Ni del mal ni de la muerte conseguiremos jamás vernos libres.

¡Qué noche pasó el honrado boticario tenido, en concepto del pueblo por el monstruo más espantable, y á quien tal vez, dos siglos antes, hubiesen procesado acusándole de brujería!—Al amanecer echó la silla á la yegua blanca que montaba en sus excursiones al campo, y tomó el camino de Tornelos. El molino debía servirle de seña para encontrar presto lo que buscaba.

El sol empezaba á subir por el cielo, que después de la tormenta se mostraba despejado y sin nubes, de una limpidez radiante. La lluvia que cubría las yerbas se empapaba ya, y secábase el llanto derramado sobre los zarzales por la noche. El aire diáfano y transparente, no excesivamente frío, empezaba á impregnarse de olores ligeros que exhalaban los mojados pinos. Una pega, manchada de negro y blanco, saltó casi á los pies del caballo de don Custodio. Una liebre salió de entre los matorrales, y loca de miedo, graciosa y brincadora, pasó por

delante del boticario. Todo anunciaba uno de esos días espléndidos de invierno, que en Galicia suelen seguir á las noches tempestuosas, y que tienen incomparable placidez. Y el boticario, penetrado por aquella alegría del ambiente, comenzaba á creer que todo lo de la vispera era un delirio, una pesadilla trágica ó una extravagancia de Llorente. ¿Cómo podía nadie asesinar á nadie, y así, de un modo tan bárbaro é inhumano? Locuras, insensateces, figuraciones del Canónigo. ¡Bah! En el molino, á tales horas, de fijo que estarían preparándose á moler el grano; del santuario de Santa Minia venía, conducido por la brisa, el argentino toque de la campana, que convocaba á la misa primera: todo era paz, amor y serena dulzura en el campo..... Don Custodio se sintió feliz y alborozado como un chiquillo, y sus pensamientos cambiaron de rumbo. Si la rapaza de los untos era bonita y humilde..... se la llevaría consigo á su casa, redimiéndola de la triste esclavitud y del peligro y abandono en que vivía. Y si resultaba buena, leal, sencilla, modesta, no como aquellas dos locas, que la una se había escapado á Zamora con un sargento, y la otra andado en malos pasos con un estudiante, para que al fin resultara lo que resultó y la obligó á esconderse.....—Si la molinerita no era así, y al contrario, realizaba un suave tipo soñado alguna vez por el empedernido solterón..... entonces..... ¿Quién sabe, Custodio? Aún no eres tan viejo que.....

Embelesado con estos pensamientos, dejó la

rienda á la yegua..... y no reparó que iban metiéndose monte adentro, monte adentro, por lo más intrincado y áspero de él. Notólo cuando ya llevaba andado buen trecho de camino; volvió grupas y lo desanduvo; pero con poca fortuna, pues hubo de extraviarse más, encontrándose en un sitio ríscoso y salvaje. Oprimía su corazón, sin saber por qué, extraña angustia.—De repente, allí mismo, bajo los rayos del sol, del sol alegre, hermoso, que reconcilia á los humanos consigo mismos y con la existencia, divisó un bulto, un cuerpo muerto, el de una muchacha..... Su doblada cabeza descubría la tremenda herida del cuello; un *mantelo* tosco cubría la mutilación de las despedazadas y puras entrañas; sangre alrededor, desleída ya por la lluvia, las yerbas y malezas pisoteadas, y en torno el gran silencio de los altos montes y de los solitarios pinares.....

IV

A Pepona la ahorcaron en la Coruña. Juan Ramón fue sentenciado á presidio. Pero la intervención del boticario en este drama jurídico bastó para que el vulgo le creyese más destripador que antes, y destripador que tenía la habilidad de hacer que pagasen justos por pecadores, acusando á otros de sus propios atentados. Por fortuna, no hubo entonces en Compostela ninguna jarana popular; de lo contra,

rio, es fácil que le pegasen fuego á la botica-lo cual haría frotarse las manos al Canónigo Llorente, que vería confirmadas sus doctrinas acerca de la estupidez universal é irremediable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

33699